





UNA CASA
PINTADA DE GRIS



Ángeles Garrido Luna

UNA CASA
PINTADA DE GRIS



Primera edición: marzo 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángeles Garrido Luna

ISBN: 978-84-17784-30-0

ISBN digital: 978-84-17784-31-7

Depósito legal: M-9139-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Girona, entrañable ciudad que sin ser mi cuna acunó mis sueños. De forma especial, al gran amor de mi vida, porque en ella nos conocimos, nos amamos y engendramos nuestros hijos, y seguimos gozando o sufriendo cuanto depara una larga vida juntos.

A mis hijos, para que la recuerden con ternura aunque la vida les lleve lejos.

A mis hermanos y cuñados, sobrinos, primos cercanos y lejanos, amigos de ayer, de ahora o de siempre, por serlo.

A todos mis conocidos. Los simpáticos y los antipáticos. Los que me soportaron y que soporté... por todo: por estar cerca o por estar lejos.

Y extendiendo esta dedicatoria a todos los gerundenses que aceptan su legado y lo respetan, desechando las adulteraciones con naturalidad; sin enojo, pero sin transigir ante cualquier tipo de imposición, sea externa o interna, prestando su equilibrio para que siga siendo una ciudad acogedora y abierta.



PRÓLOGO

Los que conocemos Girona sabemos que es un ciudad singular. Y lo es, especialmente, por su casco antiguo, formado por calles estrechas, sombrías y empinadas, que denotan un pasado medieval espléndido. Girona, sometido su periplo histórico a los vaivenes y caprichos —lo mismo que el resto del Principado— de la burguesía barcelonesa, que ha decidido, en más ocasiones de las deseadas, los destinos de una Cataluña inerte, sufrió a lo largo de la historia feroces asedios por parte de los franceses. Barcelona decidía y Girona pagaba las consecuencias. Si alguien lo duda que examine la Historia de Cataluña.

No obstante lo dicho, Girona, recurriendo a la épica y al esfuerzo, resucitó vigorosa de sus cenizas, y la prueba más evidente de ello la tenemos en la conservación de su casco antiguo, armonioso, bello en su conjunto y tan medieval como acogedor. Esas calles y callejuelas que nos conducen hasta la loma sobre la que se halla situada la catedral y desde la que se vislumbra una bella panorámica, fueron mudos testigos del holocausto sufrido por sus pobladores durante los últimos tres siglos de su historia (1808-1810) por parte de las tropas francesas bajo la égida de Napoleón Bonaparte. Esas callejas poseen unas características sublimes, son una fuente de inspiración para que un novelista, un fabulador nato, pueda imaginarse, al socaire de la Historia, las mil y una escenas, gloriosas hazañas, esotéricos hechos, enigmáticos presentimientos y aventuras sin fin para ser leídos por expertos y profanos. Todo en ellas, de un modo peculiar en las noches invernales, cuando la parafernalia propia del

viento introduce en su natural tramoya sonidos inauditos en los tubos del formidable órgano callejero, se presta a la ensoñación: los acordes despiadados del viento; las sombras sospechosas en los recovecos que forman las casas; las campanadas cadenciosas, que presagian el tempus fugit, que suenan a oración, a lamento y a muerto; las luces noctivagas y mortecinas que iluminan difusamente las losas del suelo, las pétreas paredes y los transeúntes silenciosos; las pequeñas tiendas, ahora cerradas, en donde los mercaderes de todo tipo venden durante el día a los advenedizos que hasta allí llegan, entre otros artículos, libros que hablan de acontecimientos contrastados y de filosofías caducadas, buscando en los hechos del pasado una lección para el furibundo presente.

En lo más profundo de ese mundo ancestral de hazañas y leyendas, reencuentra Ángeles Garrido Luna los recuerdos nítidos de su infancia y adolescencia.

UNA CASA PINTADA DE GRIS es una historia, entre otras, de nostalgias, de recuerdos ya lejanos, de sentimientos encontrados a la edad más concluyente de la vida, de tropiezos con ese pasado que bulle en la mente del ser humano, a veces, de un modo lacerante. Si, como decía Rilke, «la auténtica patria del hombre es la infancia», en esta novela, tan amable como sugerente, cuyo prólogo nos ocupa, la mente del personaje central, Violeta, siempre relatando sus vivencias en primera persona, se debate entre las evocaciones de un pasado difícil y la cruda realidad de una edad rayana en la vejez.

A lo largo de la novela, Ángeles Garrido Luna va desgranando la vida, no siempre amable, de una Violeta optimista, alegre y soñadora. Cuenta la protagonista las percepciones y los recuerdos de su infancia en los azarosos años de la posguerra en aquel viejo barrio situado en los aledaños de la iglesia de San Félix el Africano: la vida de sus vecinos, sometidos por la secuelas de la guerra a penalidades sin fin; la promiscuidad de las prostitutas, que ofrecían a los hombres sus cuerpos con la mirada en las tortuosas callejas del anejo

y popular «Barrio Chino»; las carencias de todo tipo de artículos de primera necesidad de que adolecían las tiendas del contorno en un mercado de demanda, adulterado, para mayor exasperación de los parroquianos, por el estraperlo de todo tipo y condición; ora la desesperación y ora la resignación de unos seres humanos empujados por el destino a situaciones límites. Todo esto y mucho más recoge la narración exhaustiva de la autora en una novela tan amena como interesante por el tema que plantea.

En un momento determinado de su relato, en el que, como decía Alejo Carpentier, tiene que haber —y en este caso hay—, estructura, ritmo y filosofía, la escritora nos introduce en un mundo, a veces recóndito, a veces inmerso en hechos históricos, conduciendo al lector, mediante entregas perfectamente dosificadas, a un escenario de maquinaciones sorprendentes. El hallazgo de unos documentos en un insospechado lugar y la lectura de los mismos llevada a término durante varios días sucesivos por la protagonista y su marido, nos hace recordar escenas del Decamerón de Boccaccio en el que un grupo de hombres y mujeres, para huir de la peste bubónica, se refugian en una villa de las afueras de Florencia, en cuyo lugar, y para entretenerse y matar el tedio, se contaban historias sobre los más diversos temas.

Dos mundos, inexorablemente separados por el espacio, el tiempo y el progreso, nos describe la autora en las páginas de *UNA CASA PINTADA DE GRIS*, una casa donde la narración arranca y donde felizmente termina. Desde su vida actualmente plena de momentos felices —la felicidad no existe, es una quimera— puede rememorar la protagonista los sufrimientos y los gozos de su pasado en los días del pan negro y también las calendas de las efemérides de los heroicos defensores de la Gerunda fundada por los romanos. La novela es un género literario que todo lo admite dentro de una complicidad tácitamente establecida entre lectores y escritores. La fabulación no tiene límites; en resumidas cuentas,

trata de conseguir que hechos reales parezcan de ficción y hechos de ficción que parezcan reales.

Sinceramente, creo que la autora lo ha conseguido con acierto.

JOSÉ ANTONIO PET POSSE

INTRODUCCIÓN

Gerona —hoy Girona— bautizada GERUNDA por el Imperio Romano, siempre fue una pequeña ciudad llena de encanto.

Ambicionada y asediada a través de los siglos en multitud de ocasiones, por su situación estratégica en la península ibérica, pulula el espíritu de su historia como en cualquier ciudad antigua: en silencio, sin poder evitar que su impronta se interprete al libre albedrío.

Los tiempos transcurren y las circunstancias cambian y lo que escrito queda es para que sepamos algo, aunque saberlo todo resulte imposible.

Las piedras son piedras, el aire es aire y la vida sigue; aunque merced al viento parecen susurrar los estáticos poros, haciéndonos pensar en lo poco que somos. Mientras los seres vivos nos vamos, ellas se quedan como testimonio mudo.

LA HISTORIA es de todos porque es la voz del pasado para la posteridad; mas es preciso respetarla como a una diosa, dejarla virgen y seguir en paz nuestro camino.

Para que así sea, aporto mi pequeño grano de arena con esta, mi cuarta novela, centrándola en la ciudad donde normalmente he residido desde mi infancia, aprovechando ubicaciones y pinceladas históricas sin distorsionar su esencia por respeto a esa verdadera HISTORIA con mayúsculas.

Todo lo demás es sueño, quimera... algo que pudo suceder, pero que nadie sabe si sucedió realmente. ¡Una novela!



1

Después de tantos años, volvía a contemplar desde el Puente de Piedra, mi añorado río Oñar.

Familias completas de patos paseaban bordeando los altos carrizos ensortijados de correhuelas blancas. El puente Eiffel, el conocido popularmente como «de las pescaderías viejas», estaba pintado más claro que entonces. Las casas de colorines, la colegiata de San Félix y la Catedral recién restauradas —más lustrosas pero reconocibles— daba una impresión al conjunto, diferente a como lo había conocido.

Las gaviotas armaban su escándalo de siempre. Aunque en mis tiempos solo venían en invierno los días que arreciaba el frío en la costa, remontando el río para resguardarse del viento... parecían haberse acomodado todo el año.

El paisaje ante mí, con su colmena de casas, emanaba miel y lo absorbí con gozo hasta empalagarme.

Mi revoltoso espíritu, sintiéndose desnudo al despojarlo de emociones con tal de no llorar por el reencuentro, pareció escaparse para infiltrarse entre las alas de una pacífica gaviota y voló siguiendo el río, aguas abajo, hasta llegar al último puente peatonal —desconocido para mí— y contemplar la restaurada fachada oeste de San Félix, mi querida antigua Parroquia, donde fui bautizada. Donde hice mi Primera Comunión. Donde el Obispo me dio el suave cachete de la Confirmación. Donde hice la Comunión Solemne, a los doce años, tres meses antes de fallecer mi madre.

Absorta, sin sentir que caminaba, retrocedí para mirar detenidamente aquella casa. El caudal del río era escaso como siempre que las lluvias no se pasaban de rosca, pero ya sin aquellas densas capas de lodo y con el agua más limpia, dejaba ver rollizas carpas saltarinas en los recodos con más agua y patos paseando o zambulléndose en busca de lombrices y gusanos.

Alcé la vista y todas las fachadas empaparon de nuevo de color mis ojos. Pero aquella casa pintada de gris, que en principio no había reconocido, me entristeció. La recordaba blanca. De un blanco añejo y sucio, pero blanca al fin y al cabo. Y después de tantos años, estaba pintada de ese color opaco, ceniciento y triste, que me rememoraba los primeros años de mi vida, a pesar de estar transformados en ventanas y balcones los otrora ventanucos y con un mayor ventanal en el último piso repleto de plantas floridas.

Como un fantasma cruzó mi pensamiento aquella gruesa pared junto al río sin conseguir ver su estado actual, sino el de entonces, con las paredes negras por el incendio de un brasero al prender las cortinas, muebles y enseres. Y en mi alma se proyectó como una frágil sombra, aquella mujer cubierta de triste negro por fuera y por dentro. Sola. Sucia. Sin peinar. Con las uñas resquebrajadas y mordidas. Con las zapatillas de lana con sendos agujeros de los que asomaban los dedos, cual si fueran gusanos rozando el mugriento suelo buscando una manzana donde cobijarse y mordisquear mejor sustancia.

Luego retrocedí hasta llegar de nuevo a la plataforma que forma la Plaza de Cataluña, y allí descansé tomando un refresco en el recodo que en mis tiempos se llamaba Rambla de Mosén Jacinto Verdaguer.

Seguí hasta la Rambla, la de siempre, que ya no se llamaba «del Generalísimo» sino «de la Libertad», y pedí un plato combinado con tal de comer al aire libre aprovechando aquel apacible día, mientras miraba a la gente pasar y descansaba de mi larga caminata, después de recorrer todos los puentes del río, zigzagueando las calles de ambas orillas hasta llegar al Cementerio, donde deposité

rosas rojas en su tumba y en la de mis padres, tras adquirirlas en el nuevo Tanatorio.

Había llegado sola, desde Miami, aprovechando esa bella exposición de «GIRONA TEMPS DE FLORS» (Girona tiempo de flores) para encontrarme cara a cara con mi pasado, solventar algún que otro papeleo y revivir las crueldades y ternuras de mi infancia, antes de cerrar definitivamente ese capítulo de mi vida.

Me sorprendió el bullicio del tránsito, el crecimiento de la ciudad —que recordaba muy pequeña— y todos los cambios, especialmente en el barrio viejo.

La calle de La Barca ya no era barriobajera. Aunque todavía no me había paseado por ella durante la noche, dudaba que con su nueva apariencia, fuera aquel viejo barrio chino sucio y maloliente de entonces. Los bares eran limpios y acogedores. Muy diferentes a aquellas tascas repletas de rameras a la caza de clientes, con reyertas nocturnas alimentadas de miserias cotidianas, vino peleón y cerveza barata, excesivamente amarga por contener más lúpulo de la cuenta.

Junto a la escalera oeste de San Félix, una plaza con castaños de indias —algunos ya floridos— repleta de mesas de los dos restaurantes que finalizan la calle Caldereros, me trajo a la memoria un suceso de cuando era niña.

En una esquina —si mal no recuerdo, era la más cercana a la plaza— había una tasca nada recomendable. Acudían los soldados jóvenes y todo tipo de tropa, con o sin uniforme. Unos por curiosidad. Otros en busca de juerga. Y unos y otros terminaban tambaleándose o enzarzándose con las mujeres que ya nada tenían de mozas.

Y una noche, un oficial militar de rango medio y de mal beber, sacó su pistola del cinto y vació el cargador disparando contra techo, paredes y parroquianos.

Afortunadamente nadie salió herido, ya que todos los asistentes se refugiaron bajo las mesas. Mas no contento con eso, se dispuso a cargar de nuevo el arma, al tiempo que la vigilancia militar que

rondaba la zona se dispuso a abatir al elemento disparándole a las piernas, con tan mala fortuna, que por tropezar y caer al suelo recibió un disparo mortal en la cabeza.

El escándalo fue sonado. De los que hacen historia. Soldados, fulanas y parroquianos, salieron corriendo en todas direcciones, despertando con sus gritos al vecindario que descansaba tras una larga jornada de trabajo.

Los que estaban en las habitaciones metidos en faena, salieron corriendo, vistiéndose a trompicones. Solamente quedaron a la espera de una ambulancia que nada podría hacer, autoridades y forense: el dueño del tugurio, un desaliñado camarero, el sargento (o cabo primero) y los dos soldados de vigilancia.

Y a la mañana siguiente en todo el barrio no se hablaba de otra cosa. Nadie fue encarcelado. Surgieron más testigos que setas en otoño y fueron sus declaraciones tan coincidentes, que cerraron el expediente en pocos días.

Desde mi más tierna infancia, el ambiente del entorno cercano, me enseñó a distinguir una furcia de una buena ama de casa, sin saber aún en qué consistía su oficio. Resultaba fácil, ya que entonces llevaban un distintivo para que los clientes no las confundieran. No bastaba que fueran peripuestas, maquilladas, empolvadas, con los labios rezumando cochinita de nopalera vieja, apoyándose en la pared de la calle a la espera...

Unas se ponían zapatos de tacón con calcetines blancos en lugar de medias. Otras, encima de sus galas, un delantal limpio, o una venda en la pierna... y todas tenían una mirada tan turbia y descarada y unas poses tan provocativas, que lo decían todo sin pronunciar palabra.

Los hombres levantaban con gesto interrogante la cabeza y ellas decían el precio: Esto tanto. Lo otro tanto y completo el doble. Aunque sospecho lo que decían, no recuerdo las palabras exactas. Alguno se largaba refunfuñando por no llevar bastante, mientras ella contaba que tenía una hija que mantener. Y yo pensaba intrigada, ¿qué tipo de mercancía podían ofrecer para venderla tan cara?

¡Santa inocencia! Creía que les faltaba un tornillo y no comencé a comprender hasta pegar mi primer estirón de adolescente.

A pesar de la miseria de entonces, o precisamente por eso, la clientela solía ser abundante los fines de semana. Por lo que las visitas debían ser muy rápidas y al día siguiente aparecían condones en las aceras, que hombres y chiquillos arrastraban a puntapiés, desde la calle de La Barca hasta que caían en la calzada, y el que venía detrás seguía con el juego hasta que quedaban atascados en el desagüe de una cloaca. Y aunque los chiquillos los empujaban con un palo hasta colarlos por la rejilla, de vez en cuando, alguno se quedaba casi pegado al bordillo de la acera.

Al inicio de la calle Caldereros, en el recodo frente a la place-ta, los residentes éramos de familias honradas y trabajadoras. Por lo que jamás vi de cerca semejante espectáculo. Pero sí que, con pocos años, cogí una goma de esas, tosca, de amarillo viejo, con piquitos en la punta, y se la llevé a mi madre preguntando para qué servía aquello.

Cuando lo recuerdo me invaden sentimientos contradictorios. Por un lado me produce asco. Y por otro, sonrío recordando la reacción que tuvo cuando me vio aparecer con aquello bailoteando en un pulgar.

Dos años después comprendería todo. Pero aquel día me quedé perpleja. Tras arrojarlo a la basura, me lavé las manos con abundante jabón y luego me las desinfecté con agua de colonia, tal como me había indicado mi progenitora. Y el «¡no vuelvas a coger cosas del suelo!» dicho con alarmante repugnancia quedó grabado en mi mente hasta hoy; aunque por lo visto y oído tiempo después, no fui la única criatura curiosa en recoger semejante asquerosidad como si fuera un extraño trofeo.

Ya muy cansada, seguí lentamente mi paseo hasta llegar a la puerta de la escalera. Ya no era una vieja puerta de tosca y repintada madera. Ni estaba abierta. Era de cristal y estaba cerrada con llave. Cuando era niña siempre estuvo abierta, salvo por las noches, para evitar que algún borracho se albergara en la empinada y estre-

cha escalera. El sereno tenía una copia por si algún vecino regresaba tarde sin la suya. No había otro motivo, porque nadie del barrio tenía entonces fortuna suficiente para ser robado y los delitos eran pocos por estar más penalizados que ahora.

Al lado, las dos tiendas de antaño se habían fundido en un pequeño supermercado. Miré hacia el interior y no reconocí a su dueña. ¡Habían pasado tantos años!

La placeta era la misma, pero unos gigantescos castaños de indias la sombreaban completamente. Y la balsa de la fuente de arriba, estaba vacía, sin aquella agua, oscura por el verdín, que a veces se desbordada mojando las piedras circundantes de la plaza.

Me senté a tomar un refresco en una mesa bajo los árboles y contemplé minuciosamente las tiendas. La panadería era muy diferente a aquella de mis años. Entonces, allí no había bares. Y la frutería de las puertas verdes ya no estaba. Tampoco la mercería con su escaparate atiborrado de bisutería, que tantas veces contemplé de pequeña. Lo que si seguía prácticamente igual era la farmacia junto al puente peatonal, y no pudiendo resistir la curiosidad, me acerqué a comprar una caja de aspirinas.

Luego crucé el puente recordando aquella vez que la tramontana me empujó con furia de una baranda contra la otra, dejándome una roja y dolorosa marca en el costado izquierdo. Contemplé los candados colgados en ellas, pensando en lo atontada que brota una buena parte de la juventud de hoy, olvidando otros valores y copiando de los demás lo más insustancial, cuando hay tantas cosas importantes que podrían imitarse.

No pude evitar el pensar cuántas de aquellas promesas encerradas en simples iniciales, terminarían en agua de borrajas; y cuántos de aquellos enamorados se acercarían a arrojar el candado al río, como si el amor fuese una cadena que se corta con un simple alicatazo.

Terminado mi primer periplo, tras cenar unas pastas con leche en una cafetería, me retiré al Gran Hotel Ultonia, ampliado con lo que fue cine-teatro con el mismo nombre, para descansar.

Al día siguiente seguirían allí, quietos, todos esos espejos reflejando mis recuerdos.